
Autor: MARCELO LEITES

Y una noche de luna llena
pegamos la cara en el espejo
entramos descalzos a la noche
y sin saber qué esperar
bajamos al tanque australiano
 bajamos despacio
deslizamos por las paredes de chapa
los cuerpos desnudos.
Los pies agitan el agua,
un estanque en medio del desierto.
 No hay desacuerdos,
un entendimiento tácito entre nosotros.
Nos basta con estar dentro del tanque
 y mirar las estrellas.
La conciencia se aquieta y respiramos
el mismo aire que respiran los caballos
en el campus militar de enfrente.
Disparos de rifles sacuden el letargo,
 enfrente.
-Son sólo tiros al blanco.
-Pero suficientes como signo de época

Y bajamos todavía más, casi tocamos el fondo
y contuvimos la respiración bajo el agua
y vimos algas y hojas sumergidas
y sedimentos y escuchamos
el sonido atemperado del mundo
y más y más navegamos en nuestro tanque
y giramos una vez y otra vez

por las paredes de chapa y en cada giro

algo nuevo veíamos

y un nuevo canto oíamos.

-Ése que está adentro del sauce

es Juanele

-Y al costado está el filodendro que plantó

Veiravé.

-Y el que parece un árbol de letras, ¿quién es?

-Ah... Leónidas viajando aún en su capuchón.

-¿Ves también los sembrados y los pescadores

mirando más allá del espinel?

-Sí, pero lejanos, casi inalcanzables.

Y había también sirenas, las mismas sirenas
de Ulises cantaban un canto de opio
y desaparecieron cuando quisimos tocarlas.

Flotando en el agua del tanque

vimos la ciudad inclinada entre la villa
y las luces de neón y las pantallas ciegas.
Y vimos los ejércitos de hormigas
que durante años llevan sobre sus hombros
los ladrillos para construir su casa
antes que el veneno las liquide
antes que el país las expulse
definitivamente.

Sentados en el borde del tanque
nuestra mirada horadó los pastos,
los árboles y el río lejano.

Y nuestra mirada seguirá horadando
escrutando entre la niebla
las partículas de polvo en el aire
y el sol que anuncia el fin del día.

(De: "Tanque australiano")